

# EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

“Este precepto os doy: que os ameis los unos á los otros como yo os he amado.”

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS.)

## San Isidro

### MODELO DE TRABAJADORES

San Isidro era un verdadero obrero, un humilde labrador. Estaba encargado de cultivar las tierras de un rico propietario madrileño. Era muy asiduo en el trabajo, pero más aún en la oración. Todas las mañanas antes de comenzar la labor, acudía á la Iglesia asistiendo al santo sacrificio de la misa. Durante el trabajo elevaba frecuentemente su corazón á Dios por medio de oraciones jaculatorias.

Le acusaron ante su amo diciendo, “Isidro frecuenta mucho la Iglesia, y abandona una parte del trabajo que le habeis confiado.” El amo quiso comprobar por sí mismo aquella falta, y vigiló á su obrero. Efectivamente: Isidro había ido á la Iglesia antes de entregarse al trabajo. El dueño irritado se dirige al campo donde el labrador debía conducir su arado. ¿Sabéis lo que vió? Isidro estaba aún en oración delante de una cruz, mientras que un angel dirigía el arado y otro conducía la yunta de bueyes, ejecutando un trabajo perfecto.

Ya oigo exclamar á una docena de socialistas: “¡Alto, amigo! ¡Esas son consejas para dormir á los niños! Nosotros no sabemos si san Isidro tenía á sus órdenes espíritus bienaventurados; pero lo cierto es que nosotros no los tenemos; los ángeles, sin duda, se han hecho perezosos en el transcurso de los siglos, porque ya no nos ayudan.”

La razón es muy sencilla: no os ayudan porque no orais. Cuando el propietario preguntó á Isidro si verdaderamente eran ángeles los que conducían el arado, Isidro respondió que él no lo sabía. Cuando el amo miró de nuevo al campo, los ángeles habían desaparecido, pero pudo convencerse con sus propios ojos de que el trabajo confiado á Isidro había sido ejecutado puntualmente.

Observad la moral de esta historia. Es que la plegaria, lejos de perjudicar al trabajo, atrae sobre nosotros y sobre nuestras labores la bendición del Altísimo.

Me direis acaso que en lugar de

entregarse á trabajos fatigosos sería mejor y más cómodo pasar el día en oración recorriendo las cuentas del rosario. Pero no conviene exagerar las cosas. Nadie nos dice que pasemos el día en oración. El mismo san Isidro no hacía esto. Ya os he dicho que iba todas las mañanas á la Iglesia, y luego se entregaba al trabajo del arado y de la azada; pero al mover la tierra, elevaba su alma al cielo. San Isidro oraba y trabajaba y se creía feliz: el trabajo quedaba bien hecho, y el sencillo labrador tenía el corazón inundado de santa alegría.

Se cuenta, que, á pesar de su pobreza, Isidro hallaba siempre modo de dar abundantes limosnas á los necesitados. ¿Cómo era posible esto? Pues imponiéndose cada día alguna privación; y lo que así economizaba, lo consagraba al alivio de los pobres.

He aquí el secreto de convertir á todos los socialistas del mundo: el trabajo y la oración. Los hombres deben trabajar; es éste un deber y una satisfacción; y deben trabajar sin limitar el trabajo á las ocho horas famosísimas. Y quien además tenga la buena costumbre de orar y de orar fervorosamente, reconoce que el trabajo es un mandamiento de Dios que bendice el trabajo y le recompensa, si no aquí en la tierra, por lo menos en la eternidad, donde serán borradas todas las desigualdades del mundo; el que ora, pues, está siempre contento porque tiene confianza en Dios y está siempre dispuesto á someterse á sus decretos adorables.

### LA CESTA DE COLES.

Un viajero entra en un vagón en que hay dos baturros. Uno de ellos parece que duerme. El otro está despierto y tiene á su lado, en el asiento, una gran cesta de coles.

El viajero.—Buenas tardes, señores.  
El hombre que está despierto.—Buenas tardes tenga usted

El que parecía dormir.—Bienvenido sea usted.

El primero.—¿Pues no dormías?  
El segundo.—¿Con que me despierto pa saludar á este señor y aún te quejas?  
¡Ya no me lo dirás más!

Cierra los ojos y dobla la cabeza.  
El viajero al otro.—¿Me hace usted el favor de quitar de ahí esa cesta?

—No señor.  
—¿Cómo que no?  
—Que no señor, hi dicho.  
—Se lo digo á usted porque van á venir dos señoras y hace falta espacio, y las cestas no van en el sitio de las personas.

—Verdad es que no van.  
—Pues, entonces, no sé por qué se niega usted á quitar ésa. Póngala usted arriba, en la red, si cabe.

—No la pongo.  
—¿Por qué?  
—Porque no quiero.  
—Vaya, amigo, basta de consideraciones; ¿quiere usted quitar la cesta ó nó?

—¡Que no señor, que no me da la gana!  
—¡Mire usted que llamo al jefe de estación!

—¿Y á mí qué me importa? De hombre á hombre no va nada; llámele usted.

—¿Quita usted la cesta?  
—¡Paice mentira que lleve usted corbata!

—¿Qué tiene que ver?...  
—Sí señor, que tiene; porque no entienda, ni tenga principios, ni se haga cargo de lo que le icen un cualisquiera, un focin del campo, todavía pué ocurrir. ¡Pero un señor con corbata! ¡Amos, hombre, que lo que es usted no debe ser letrao!

—Ahora mismo voy á llamar al jefe  
—¡Bueno, bueno!  
—¡Señor jefe! ¡Aquí! ¡Haga usted el favor!

Viene el jefe y sube al vagón.  
—¿Qué desea usted? El tren va á salir.  
—Este hombre, que no quiere quitar del asiento esa cesta...

El jefe.—A ver, quite usted la cesta, no puede ir ahí.

—¿No puede ir?  
—No señor.  
—¡Pues que no vaya! Lo que es yo no la quito.

—Le advierto á usted que yo soy aquí el jefe, soy el que mando. Mire usted que llamo á la pareja de guardia civil...

—¿Quiéste que la llame yo? ¡Ni le tengo miedo á ella ni á usted! De hombre á hombre no va nada.

El jefe asomándose á la ventanilla y haciendo señas.—¡Aquí! ¡La guardia civil!  
Vienen dos guardias y se les explica el caso.

Un guardia.—¡Quite usted esa cesta de ahí en seguida!

—No me da la gana.  
El otro.—¿La quita usted?  
—¡No la quito!

El viajero, nervioso.—Pero, hombre de Dios, por la Virgen Santísima, no sea usted tozudo, ¿por qué razón prefiere usted ir á la cárcel á hacer lo que le mandan? ¿Por qué no ha de quitar usted la cesta y se acaba todo esto?

—¡Porque no es mía, recontra! Estupefacción general.  
El jefe.—¿De quién es?  
—De ese que está dormido. ¡A ver tú! ¿estás dormido?

El otro baturro, sin abrir los ojos.—Según pá lo que sea.

—Pá que quites esta cesta del asiento.

—Ahora mismamente: ya están ustedes servidos.

Quita la cesta y la pone en la red.

El jefe de estación riendo.—¿Y por qué no lo dijo usted desde el principio?

—Porque el señor no me lo ha preguntado; porque estos que llevan corbata tienen menos gramática que uno. Lo primero é todo se dice: ¿De quién es esta cesta? Y al amo é la cesta se le dice: ¿Quiésta quitála de ahí? ¡Too lo arreglan ustedes con mandar! ¡A mí no me mandan ustedes! ¡De hombre á hombre no va nada!

—Bueno, hombre, bueno.

—Ya pué usted tocar el pito, y ámonos pronto, que me están esperando en Ricla, pá matar el tocino. ¿Quién quíe un cigarro? ¡Arre!

E. B.

## EL SOCIALISMO EN ACCIÓN

Caminaba cierto día por un estrecho camino sobre un flamante pollino el Señor Blas Alegría.

Muy ufano y satisfecho hacia su pueblo marchando, iba el hombre repasando de sus ventas el provecho.

No bien levanta la vista con otro cerca se vió,

¿Quién eres? le preguntó: y aquel dice —Socialista, yo quiero que como hermanos se reparta el capital porque así el mundo vá mal; con que amigo á la obra manos.

El aldeano muy pillo, aparentando ceder le dice—vamos á ver, empieza por tu bolsillo.

—Yo nada tengo y discurro que aquel que tiene ha de dar; tú no debes reparar pues tienes dinero y burro.

—Bien, contesta el aldeano, el caudal repartiremos, pero, ¿del burro qué hacemos? ¿cómo lo reparto, hermano?

Así con está razón el aldeano probaba que el tal socialismo acaba en donde empieza su acción.

A. ARIAS

## AURAS DEL CIELO

Veo dos largas filas de luces; la misma obscuridad de la noche las hace brillar más; me paro un momento... es una procesión que se aproxima hacia donde yo estoy.

Las gentes se arrodillan al paso de la procesión y yo hago lo mismo. Cofundidas en hermosa democracia, veo ricos y pobres, hombres y mujeres, que con velas en las manos alumbran al Santísimo Viático.

El brillante y nocturno cortejo para ante una casa de pobre aspecto. El sacerdote avanza por entre filas de luces y fervorosos creyentes, y penetrando en la casa desaparece á mi vista.

—¿Quién está enfermo?—pregunté á uno que á mi lado se encontraba.

—La esposa del jefe socialista—me respondió, secamente.

—¿Cómo?

—Pues sí, señor, está bastante grave, y ha pedido los sacramentos.

—¿Y él no se ha opuesto?

—Nada de eso.

¡Bendito sea Dios! ¡Cuándo será la hora que estas pobres y buenas gentes lleguen á comprender que sólo en la religión cristiana encuentran consuelo á sus penas.

Una mujer yace en el lecho. Joven todavía, su rostro presenta señales de hondos y prolongados sufrimientos. Sin embargo, en aquel rostro, azotado por la desgracia, brilla un destello de alegría, una chispa de satisfacción. Es que va á recibir á Dios, y Dios dulcifica nuestras amarguras. ¡Desgraciados los que sufren alejados de Dios!

Otra mujer, anciana ya, arrebujada en negro mantón, acaricia, con tristes caricias, las cabecitas de tres angelitos, que parece hanse desprendido del cielo. Son los hijos y la madre de la enferma.

Suena la campanilla, anunciando la celestial visita y poco después penetra el sacerdote en la humilde morada pronunciando estas sublimes y consoladoras palabras: *Pax huic domui. Paz á esta casa.*

¡Religión divina! tú solamente tienes palabra de vida eterna! Te atacan, te ofenden, te insultan, y sin embargo tus primeras palabras son de dulce y generoso perdón; *Paz á esta casa.*

Y comienza el acto con sublime sencillez.

¿Creéis en Dios Padre Todo poderoso—pregunta el sacerdote—criador del cielo y de la tierra y de las cosas visibles é invisibles?

Y todos al unísono, juntamente con la enferma, responden.

«Sí, creo.»

Y cuando poco después vuelve á preguntar: ¿perdonáis de corazón á todos los que os han hecho injuria ó algún pesar?; del mismo modo, y como movidos por un mismo resorte, responden todos.

«Sí perdono.»

Y recibe la enferma en medio del más devoto y fervoroso silencio, al Dios de la misericordia, al Dios de la paz, al Dios del amor, al Dios que abandonamos y ofendemos estúpidamente cuando nos creemos algo fuertes, pero á quien buscamos también y hallamos afortunadamente, en los momentos de angustia y tribulación.

Bendice, por fin, el sacerdote á la enferma, con el Santísimo Sacramento, y vuelve procesionalmente á la Iglesia, dejando tras sí, un océano de paz, de consuelo y de íntimas satisfacciones.

¿Sucede algo parecido en los mítins y en las manifestaciones socialistas?

¡Qué contraste! En los actos del socialismo todo respira odio, venganza, guerra entre las distintas clases sociales; en los actos del catolicismo, por el contrario, todo está saturado de paz, de perdón, de amor entre unos y otros.

¡Religión católica, bendita seas!

“El Amigo del Pueblo”

## EL CUMPLIMIENTO PASCUAL

Está para terminar el Precepto Pascual. ¿Y no has ido todavía á cumplir con tu parroquia, amigo lector?

¡Y cuidado si esto es difícil! ¡Como que se trata de confesar y Comulgar á lo menos una vez al año! ¡Cuidado si es exigente el catolicismo!

Un fenómeno he observado. A nadie le parece tan pesada la ley de la Confesión y de la Comunión como á aquel que nunca lo practica. Conozco personas que celebran, acercándose á los Santos Sacramentos, todas las grandes solemnidades del año: Navidad, Purificación, Anunciación, Semana Santa, Corpus, Asunción, Todos los Santos, Concepción de María, y lo tienen por cosa tan ligera como ir á Misa cada domingo.

Y conozco otras que se han hecho de la Confesión y Comunión un verdadero precepto mensual, y les pasa lo mismo. Y otros han adquirido la santa costumbre de confesar y comulgar cada semana, y éstos encuentran tan natural este acto, como el mudarse el domingo la camisa y ponerse el traje de las fiestas. ¿Qué es, en efecto, la Confesión y Comunión, sino el lavado y adorno y gala del alma? Y ¿quién no se muda un día festivo?—¡Beatos! ¡Fanáticos!—oigo que andas refunfuñando entre dientes.

Llámalo como quieras, amigo mío, pues el nombre no cambia la cosa. Sólo te responderé que acerca de esto he observado otra cosa muy particular. A nadie he visto en la hora de la muerte arrepentido de haber sido beato y fanático; en cambio, á muchos he visto felizmente arrepentidos de no haberlo sido.

## CAMINO DEL PROGRESO

En Madrid, un *isidro* pregunta á un policía:

—Señor, ¿por dónde se va á la plaza del Progreso?

—Mire usted: suba por esta calle hasta encontrar la plaza de la *Cebada*; siga usted por la calle *alante*; á la derecha deje usted la calle de los *Estudios*, y se encuentra luego con la calle del *Burro*, y á la punta de esa calle está el *Progreso*.

## INCONSECUENCIAS SECTARIAS

I

El célebre ruso Conde de Tolstoi, que fué excomulgado por el Zar de Rusia y su Sínodo, á causa de sus novelas socialistas, anarquistas, impías y utópicas, resulta ser un burgués como tantos otros que, como el Capitán Araña, embarca á los demás en el navío de sus quimeras y él se queda en la tierra firme de la realidad, del confort y del lujo y sibaritismo inclusive.

Ataca y ridiculiza el matrimonio, y él es padre de trece hijos.

Proclama que la propiedad es un robo; pero él es más rico que un Príncipe.

Se le titula el *Gran humilde*; pero gusta de que hable de su persona toda la prensa y que se extiendan por todo el mundo sus fotografías.

Combate la actual constitución de la sociedad; pero no da otros nuevos moldes que los que proporciona la desesperación, que conduce al suicidio.

II.

Siendo—Mr. Pacou, consejero municipal socialista de Carcassonne, pidió en una sesión del Ayuntamiento la cesantía de todos los empleados del Municipio que tuviesen á sus hijos en colegios de las Ordenes religiosas.

—La escuela de las Hermanas de Cluny—le preguntó uno de sus colegas,—donde va todos los días vuestra hija, ¿es, por ventura, una escuela laica?

—No; pero yo no soy empleado del Municipio.

¡Qué inconsecuencia y qué cinismo!

III.

Quando la *Petite Republique*, periódico del jefe socialista Mr. Jaurés, vino haciendo una campaña apasionada en contra de la instrucción religiosa en los Liceos, un periódico católico publicó la siguiente noticia:

«La hija del jefe socialista Mr. Jaurés, ha hecho su primera Comunión en la parroquia de Villefranche l' Albigeois, después de haber sido convenientemente preparada por el párroco para tan solemne acto.»

Es decir, que después de oponerse en su periódico á que se dé la instrucción religiosa en los Liceos, permite que su hija reciba esa misma instrucción para prepararse á hacer su primera Comunión. Esa es la lógica de los sectarios.

## IV.

Sabido es que el *Emilio* de Rousseau, es un libro en el cual se sostiene la conveniencia de no hablar de Dios á los niños ni á los jóvenes antes de los veinte años.

Una señora que educó á su hijo según las teorías de Rousseau, escribió una carta al filósofo ginebrino dándole amargas quejas de su sistema de educación, y Rousseau, le contestó:

«Señora, ¿quién os ha obligado á seguir mi sistema educativo?»

«Al publicar mi libro, yo esperaba que se leyera, pero nunca creí que habría una persona tan irreflexiva que fuera á seguir sus doctrinas.»

## V. y última por ahora

Mi buena amiga,—decía un día Litré, entonces librepensador, á su esposo hablando de la educación de su hija:—educa nuestra hija en la piedad y en la religión, como lo deseas. Por mi parte sólo te pondré en este punto una condición; cuando nuestra hija tenga quince años, yo le expondré mis ideas y ella elegirá....

La madre aceptó; los años pasaron; al llegar el término señalado una mañana entró en el gabinete de su marido.

—¿Te acuerdas—le dijo—de tu condición y de mi promesa?.... Vengo á cumplirla. Tu hija está dispuesta á oírte con todo el respeto y toda la confianza que le inspira un padre querido y venerado. ¿Quieres que te la traiga?»

—¡Oh! sí, ciertamente;—respondió el marido.

—Más ¿para qué?—añadió después de un momento de reflexión.—¿Para que le exponga mis ideas?... No, mil veces no. Tú has hecho de nuestra hija una joven buena, dulce, sencilla, instruída, pura, dichosa. ¿Y crees tú que voy á arrojar mis ideas á través de su dicha?.....

## CONVERSIÓN DE UN SOCIALISTA

(HISTÓRICO)

—¡Marchese el de las sandalias! ¡Capuchinos no nos hacen falta!...—Estas palabras y la letanía de insultos que las siguió salían de un gran taller de carpintería. Un grupo de obreros jóvenes, pertenecientes al socialismo, se encarnizaba con un pobre Capuchino, que iba con la cabeza descubierta y las manos en las mangas, desgranando algunas Avemarías de su Rosario.

El Capuchino, el buen P. Amadeo, del convento de Versalles, se estremeció tal vez interiormente, pero rehaciéndose enseguida se volvió y marchó derecho al enemigo, con la fisonomía llena de serenidad, mirada compasiva y franca sonrisa.

—Dispensadme —dijo,—pero á nadie puedo dirigirme mejor que á Uds. para pedir un favor.

Cortados por esta salida y por la voz suave del Padre, los obreros se callaron.

Un joven de veinticinco años, alto, bien formado, de mirada viva, se adelantó

—La calle X... ¿está muy lejos de aquí?»

—¡Ya, ya, ¡Al otro lado, totalmente al

otro extremo de Paris y en un barrio donde no se ven Capuchinos.

—Tengo un encargo que hacer, y á las seis tengo que estar de vuelta.

—¡Imposible!

—Entonces, otro favor. Usted tiene buenas piernas, lléveme usted esta carta allí, esta noche, mañana, un día de estos; no corre prisa... Tomad mi tarjeta, nos volveremos á ver y os probaré mi agradecimiento.

Así diciendo, el P. Amadeo entregó la carta y salió sonriéndose interiormente. ¡Un favor hecho á un Capuchino no se pierde nunca, Dios lo recompensa!

Algunos días después volvió el Capuchino y dió las gracias, pero no logró hacer aceptar la menor propina.

—Bien, bien; puesto que no queréis nada, seamos amigos, venid á verme á Versalles, vereis una casa de Capuchinos.

—¡Oh! ¡Eso no! ¡No lo haré!

El joven era un socialista de marca mayor. Educado por sus padres como pagano, sin Bautismo, sin Catecismo, sin primera Comunión, se había casado al concluir el servicio militar civilmente. Un día había sido atraído á un club socialista y se le había saturado de conferencias y lecturas revolucionarias. El mismo, dotado de mirada fascinadora, gesto expresivo y voz sonora, había venido á ser conferenciante y apóstol; por todas partes en las calles, en el taller, una sola preocupación dominaba su corazón: hacer adeptos.

¡Cuántas veces con sus herramientas en la mano había cepillado el alma de sus compañeros, arrebatándoles toda huella de educación cristiana y trabajando en hacerlos socialistas perfectos!

Este era el joven á quien el P. Amadeo proponía su amistad y una visita á los Capuchinos de Versalles.

Sin embargo, aquel Capuchino permanecía como visión en el alma del socialista, visión que sin cesar le acosaba.

Un día se resolvió—Si, iré á verlo.

Comunicó su aventura á su mujer, y animado por ella, se fué un domingo á llamar al convento.

El bueno del P. Amadeo saltó de alegría; se recorrió el convento, se habló, se prometió volverse á ver.

La cuestión religiosa fué cuidadosamente evitada por el joven anarquista.

Dieciocho meses pasaron; los dos amigos se veían de tiempo en tiempo; pero á cada tentativa del Padre, una mirada feroz, una palabra seca, cruel á veces, cortábale todo.

Un día, el 15 de Junio de 1896, un patrono cristiano debía hacer bautizar por el P. Amadeo á uno de sus obreros, de edad de veinte años. Puesto al corriente de las disposiciones de nuestro «héroe», rogó á su neófito que lo invitara á la ceremonia. Una lucha se entabló: el ebanista librepensador trató de alistar entre los suyos al nuevo convertido; mas acabó por ceder él mismo: iría al bautizo.

Cuando el patrono cristiano vió á aquel esbelto joven, de pie, en su orgullo de librepensador, durante la administración del Sacramento, un ardiente deseo se apoderó de su corazón.

—Yo le convertiré

Puso su esperanza en el Sagrado Corazón (del que es Montmartre un fiel adorador), recordando la divina promesa que dice: «Daré el talento de conmover los corazones más endurecidos.»

Trabó conversación con el joven socialista y acabó por hacerle aceptar el ir el domingo 24 de Junio á la gran ceremonia de la consagración de los patronos cristianos en Montmartre.

.....  
La fiesta fué solemne y conmovedora; los asistentes numerosos, el sermón elocuente... En lo más alto, entre millares de luces, se destacaba la Custodia... Al pie de la iglesia, un joven inmóvil, absorto, contemplaba el maravilloso espectáculo.

De repente la luz iluminó su inteligencia y penetró en su corazón.

Nuestro Señor había hecho su obra. El joven había caído de rodillas, derribado, como Saulo, en un nuevo camino de Damasco.

.....  
Durante largos meses, por las noches, después del trabajo, nuestro ebanista iba á casa del patrono cristiano, su confidente, como un humilde catecúmeno, y allí aprendió, con la Doctrina de Jesucristo, á deponer sus odios sociales, sus errores asesinos y amar todo lo que es grande y noble. El lobo devorador se había convertido en cordero.

Después de un retiro serio, el nuevo convertido fué bautizado el día de la Purísima por su querido P. Amadeo, y en el mismo día hizo su primera Comunión.

Por la tarde subió con su padrino, radiante de alegría, á la colina de Montmartre y se consagró al Sagrado Corazón.

¡Quiera el cielo que se repitan estas conversiones para bien de los pobres socialistas, víctimas del error!

## CHARLA

—¿A que no sabe V. de dónde vengo?

—¿Ahora?... vendrás de trabajar é irás á almorzar.

—A almorzar sí voy, pero de trabajar no vengo.

—Entonces, tú dirás.

—Verá V. escuche, que le voy á dar un alegrón. Es el caso que hace ya la mar de días me venía cosquilleando aquí en la mollera la siguiente pregunta: «¿Arturo, cuándo te confiesas? A lo que me respondía para mi mismo: «En verdad que así estoy mal, después de todo se trata de la salvación eterna y no es cosa para tomarlo á broma como cualquier otro negocio de este pícaro mundo, que tarde ó temprano tendremos que dejar», pero ello era que á pesar de esto que yo me pensaba, cuando iba á dar el paso... vamos que me ponía malo... así como si hubiese tomado una purga y... lo dejaba para otro día.

—¡Ja, ja, ja! Pero qué miedo le teneis algunos á ese acto tan sencillo á la par que tan sublime, á ese acto que quita los temores de la vida, da paz al alma y no pocas veces salud al cuerpo.

—Le diré á V. es que yo hacía ya mas de doce años que no me confesaba, no por falta de deseos sino por... qué se yo... porque lo iba dejando para otro día cuando pudiera reirme del *qué dirán* de mis amigos. ¿Le parece á V, que no atemoriza poco eso de que le llamen á uno *beato* y *santurrón*?

—Que son dos calificativos buenos, en cambio no atemorizan los de *impío* y *sectario* que encierran todo un caudal de maldades y apostasías.

—Y doce años sin decir de verdad *Yo pecador me confieso á Dios* ¿no es para asustar á cualquiera? Me acuerdo bien de la primera vez que dejé de ir á confesarme. Era por Semana Santa, estaba yo sirviendo al Rey cuando fué el oficial y dijo: ¡a formar! y formados nos dirigieron hasta la puerta de la iglesia de San Julián donde hicimos alto, y con gran asombro vimos al teniente decir: «El que quiera confesarse

que dé un paso al frente para entrar en la Iglesia» Hubo un momento de vacilación en las filas; unos por otros, además que no estábamos preparados para el caso, nadie salió. Dimos media vuelta y al cuartel. La gente quedó criticándonos y llamándonos *herejes*. (1) Lo malo es cometer una falta, que después las otras van como agua, por eso yo, interrumpida mi costumbre de cumplir con la Iglesia, seguí así hasta ahora que he resuelto confesarme.

—¿Qué peligros corriste navegando por esa mar de la indiferencia religiosa expuesto á ir al abismo!

—No, al abismo no iría; llevaba brújula.

—¿Brújula?...

—Sí, un *Ave Maria* que todos los días me rezaba yo solito al acostarme y al levantarme.

—Entonces da muchas gracias á la Virgen Santísima que en premio á tu recuerdo te concedió el señalado favor del arrepentimiento de tus pecados.

—Como que ahora le voy á rezar cinco Aves Marias cada día.

—Aparte de que la Madre de Dios fué la que movió tu corazón á confesarte ¿qué otras causas te indujeron á ello después de tanto tiempo?... digo, si se puede saber.

—Pues verá V; fui á los Ejercicios del *Círculo Católico* en la Iglesia de San Pedro, por curiosidad y si entonces no me confesé porque al ir á hacerlo ví allí á mi mujer oyendo misa y no quería que lo supiera, algo quedó dentro. Después fui á los que daba el *Centro Católico* en San Lorenzo, resuelto á disponerme bien, pero un condenado de compañero de trabajo me invitó á tomar unas copas y porque no notase mi decisión, me fui con él en lugar de entrar en la Iglesia.

—¿Como trabajaba el demonio por disuadirte de tu buen pensamiento!

—Trabajar sí trabajó como un condenado, pero venció. Hoy muy de mañanita me marché á la Iglesia, confesé, comulgé y *pata*. Ya no tengo ni retortijones de barriga, ni nada. Estoy la mar de contento. Algo influyó también, no crea V, esas cositas que de vez en cuando leía en «El Amigo del Pobre»

—Me alegro, hombre, me alegro.

Procura ahora, perseverar en el bien y riete de los dichos mas ó menos necios de esos amigos que si no hacen otro tanto es también por respeto humano.

—Una duda se me ofrece: yo le tuve que decir al cura cosas muy gordas y muy antiguas y... porque verá V., él empezó diciéndome «Ave María Purísima» yo, la verdad, como oye uno decir que los curas por todo quieren cuartos, iba á contestarle como á los pobres, que no tenía nada para darle, cuando sin darme tiempo á ello me abrazó con mucho cariño y me dijo...

—Oye, oye ¿es que después de doce años de no confesarte vas á hacerlo ahora con el primero que se te ponga delante?

—¿Quiá!, no señor, bueno está ó estaba mi saco para sacarlo á luz, y á eso iba; ¿dirá el señor cura á alguien lo que yo le conté?

—No se dió nunca el caso de que un sacerdote revelase secretos de confesión; pudo haber sacerdotes lujuriosos, apóstatas, criminales, pero que faltasen á esto del sigilo sacramental, ninguno, por nada ni por nadie.

Cuenta la historia de San Juan Nepomuceno que prefirió ser arrojado al Moldau antes que revelar á Wenceslao la confesión de su esposa la emperatriz Juana.

—Quedo tranquilo. No le pasa eso á mi mujer que si le cuento un secreto, al día siguiente ó el mismo día ya lo sabe toda la vecindad. Lo que sí me dijo el señor cura, y esto se puede saber, es que volviera á

confesar dentro de poco, pero yo le dije: «Perdone por Dios, Padre, no me voy á atrever tan pronto, póngamelo para mas allá que para uno que empieza es mucho.» y él sonriose y me *perdonó la vida* hasta la fiesta del Corazón de Jesús.

—Bien, amigo, bien; procura confesarte con frecuencia y ya verás qué luego disfrutas de esa hermosa libertad de los siervos de Dios. Ten muy presente que los que no quieren ser siervos de Dios, son esclavos del demonio.

—Yo espero ir haciéndome á las armas y hasta reirme de verdad de todos mis *amigotes* que con su *sonrisita* aun me meten el miedo en el cuerpo. Por ahora es mucho para una vez.

Conque adios, D. Juan, hasta otro día que me voy á almorzar para después ir al taller.

—Adios, amigo, hasta cuando quieras y que sea enhorabuena.

## NOTICIAS Y COMENTARIOS

Pablo Iglesias dijo en un mitin anticlerical: «La rama clerical no es el árbol; pero cubre muy bien con su sombra el tronco capitalista, y por eso es menester cortarla, para que el tronco se seque y sea más fácil arrancarlo. No nos conformamos con suprimir frailes; también queremos suprimir al clero que ampara al capitalista predicando la resignación á los pobres.»

Ya lo saben los ricos.

Primero acabar con los frailes y curas. Después la supresión del capital.

Y de los capitalistas.

Y por ende de Pablo Iglesias que también es capitalista y propietario de casas. ¡Ejem!

### CRISTIANO PERDON DE LAS INJURIAS

Siendo párroco de Vaise Mons. Gouthé Soularb, Arzobispo de Aix, fallecido hace poco, paseábase á orillas del Saone cuando, al pasar por delante de un grupo de obreros, oyó que uno imitó el graznido del cuervo; dirigióse á él y reconociéndole, en vez de apostrofarle, como se merecía, le dijo:

—Sabéis que soy el cura párroco de Vaise, ¿no es verdad, amigo mio?

—Sí, señor.

—¿No vinisteis hace unos días á pedirme una recomendación para que os diera trabajo Mr. Jillet?

—Sí, señor.

—¿Y habéis sido admitido?

—Sí, señor.

—Está bien; ahora comprendo por qué me insultáis, pero si otra vez os encontráis sin trabajo acudid á mí, que de nuevo os lo proporcionaré.

### OBROS PIDIENDO PROTECCIÓN Á UN OBISPO

Seis mil obreros amarillos del Norte y del Paso de Calais han recurrido al Obispo de Arras pidiéndole protección para defenderse de los socialistas declarados en huelga, que les impedian trabajar.

Monseñor Willier les ha contestado con una afectuosísima carta acompañada de 5.000 francos.

Este generoso rasgo de caridad y la consoladora carta del prelado ha llenado de entusiasmo á los obreros que con admirable tesón luchan en Francia contra el socialismo.

(1) El suceso es rigurosamente histórico.

### BANCO POPULAR DE LEÓN XIII

La Junta de administración de este Banco, en su última sesión, ha concedido un préstamo de 6.000 pesetas, al 5 por 100 anual, al gremio de labradores de San Isidro, de la Vega de Valencia, el cual se propone prestarlas á sus socios con el fin de que puedan adquirir ganado vacuno joven y criarlo en estabulación.

Es uno de tantos beneficios como prestan las obras católicas á las clases obreras.

### CONVERSIÓN AL CATOLICISMO

El día 7 del mes anterior se celebró en la iglesia parroquial de Santafe (Granada) una ceremonia en alto grado solemne y edificante.

El primer maestro montador de la «Eléctrica de la Vega Granadina», de nacionalidad suiza, Buzhhardt-Adolf, hizo en la forma de ritual la abjuración de sus errores como afiliado al protestantismo, abrazando fervientemente la Religión Católica, Apostólica, Romana. Dió lectura á un notable documento en que así lo hacía constar, que después firmó en compañía de los testigos.

Acto seguido recibió las aguas bautismales y el Sacramento de la Eucaristía, con gran fervor cristiano y con un entusiasmo que admiró á todos los concurrentes, logrando conmovierlos.

El presente número ha sido compuesto por los Alumnos de la *Sección Tipográfica del Colegio y Talleres de San José: Dimas de Arriba, Enrique Suárez, Florentino Merino, Alfredo Suárez, José Busto, y Angel Suárez*, quienes, en su amor al trabajo y laudable emulación, quisieron tomar á su cargo la tarea, por supuesto, bajo la inspección y órdenes de su Director.

Nos complace hacerlo público para satisfacción y aprovechamiento de estos aplicados jóvenes, á la vez que deseamos permanezcan en sus buenos propósitos de afición al trabajo que, además de servirles de sustento y salud para el cuerpo, beneficia el alma, empleándolo en la propaganda del bien.

## “EL AMIGO DEL POBRE”

### Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100 cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta. . . . .	7 pts. al mes.
100 núms. (50 por quincena)..	4 » al »
50 » (25 » » )..	2 » al »
24 » (12 » » )..	1 » al »
10 » (5 » » )..	0'50 al »

Impreso en el Colegio y Talleres de S. José para Niños Huérfanos.—Gijón